

II JORNADAS de HISTORIA de DAIMIEL

125 ANIVERSARIO CIUDAD DE DAIMIEL



II JORNADAS
de **HISTORIA**
de DAIMIEL

125 ANIVERSARIO CIUDAD DE DAIMIEL

EDITA

Ayuntamiento de Daimiel

COORDINACIÓN

Museo Comarcal de Daimiel

IMPRESIÓN

Lince Artes Gráficas

Fotografía de portada:
Postales de Daimiel, J.F. Banco de imágenes del Centro de
Documentación del Agua.

I.S.B.N.: 978-84-936471-7-9
Depósito Legal: CR.191-2013

Reservados todos los derechos de esta edición.
Prohibida la reproducción total o parcial sin la debida autorización

© 2013 · Ayuntamiento de Daimiel
© de los textos: los autores
© de las fotografías: los autores

II JORNADAS de HISTORIA de DAIMIEL



125 ANIVERSARIO CIUDAD DE DAIMIEL



MUSEO COMARCAL
DE DAIMIEL



ÍNDICE

Presentación. Leopoldo Sierra Gallardo.....	9
Prólogo. Jesualdo Sánchez Bustos.....	11
Interpretación geomorfológica e historia eruptiva de los volcanes de Daimiel (Ciudad Real): Las Tiñosas y la laguna de La Nava.....	13
Rafael Ubaldo Gosálvez Rey, Rafael Becerra-Ramírez, Estela Escobar Lahoz y Elena González Cárdenas.	
Las motillas en el entorno de Daimiel. Investigación histórica y gestión del Patrimonio Cultural.....	29
Luis Benítez de Lugo Enrich.	
La romanización en Daimiel. Estudio de los primeros grupos históricos de la comarca a través de su cultura material.....	43
Miguel Torres Mas y Luis Benítez de Lugo Enrich.	
Un trayecto de doble sentido: Relaciones entre Daimiel y Moratalaz a finales de la Edad Media.....	59
Clara Almagro Vidal y Luis Rafael Villegas Díaz.	
Venta de Borondo: origen y evolución hasta nuestros días.....	71
David Cejudo Loro.	
Aproximación al origen de los apellidos compuestos daimieleños.....	85
Juan José Fernández-Espartero y García-Consuegra.	
La primera desamortización del siglo XIX en Daimiel.....	101
Juan Vidal Gago.	
Guerra de la Independencia. Opresión francesa sobre la población civil de la villa de Daimiel.....	115
Jesualdo Sánchez Bustos.	
Análisis histórico de la cofradía Cristo de la Expiración: 176 años de sentimiento religioso en Daimiel.....	129
Miguel Torres Mas.	
El sindicato de conservación del río Azuer.....	145
Juan José Fernández-Espartero y García-Consuegra.	
La obra apologética de un teólogo daimieleño, Manuel Muñoz de Morales y Sánchez Valdepeñas (1846 - 1937).....	153
Juan Gregorio Álvarez Calderón.	

La pandemia de gripe española y otras crisis demográficas en Daimiel. Estudio cronológico y estadístico.....	167
Mariano José García-Consuegra García-Consuegra.	
Daimiel en los albores de la II República.....	181
Ismael Terriza Reguillos.	
Un caso de violencia política en Daimiel: contexto y suceso del asesinato de José Ruiz de la Hermosa.....	197
Jesús Gutiérrez Torres.	
2 de noviembre de 1933 en el Teatro Ayala: un borrón imborrable.....	215
Ivan Fernández-Bermejo Gómez.	
Los Grecos perdidos de Daimiel.....	231
Jesús Sánchez-Mantero Gómez-Limón.	
Daimiel y su patrimonio Histórico-Artístico durante la Guerra Civil.....	247
Juan Francisco Prado Sánchez-Cambronero.	
El Instituto Laboral de Daimiel. Un edificio para la historia de la Arquitectura..	263
Ramón Vicente Díaz del Campo Martín Mantero.	
Las Tablas de Daimiel entre 1751 y 1887. Las raíces históricas de su desecación.....	277
Alberto Celis Pozuelo.	
Noticias de viajeros en Las Tablas.....	293
Alejandro del Moral Fernández del Rincón.	
La declaración de Las Tablas de Daimiel como Parque Nacional: contexto histórico y características.....	303
David Sánchez Ramos y Gema Sánchez Emeterio.	
Recuperación y conservación de las caleras tradicionales de Daimiel.....	317
Manuel Fernández-Infantes Sánchez-Bermejo.	
Intervención de urgencia en las pinturas murales (ss. XVIII-XIX) ubicadas en la casa C/ Méndez Núñez 11 de Daimiel. Tratamientos a varios de los materiales hallados en el mismo.....	331
Miguel Carmona Astillero.	
La obra de Miguel Fisac en Galicia: influencia y comparativa de la arquitectura popular realizada en Daimiel durante los años 50.....	343
Silvia García de la Camacha Martín-Pozuelo.	

LA OBRA APOLOGÉTICA DE UN TEÓLOGO DAIMIELEÑO, MANUEL MUÑOZ DE MORALES Y SÁNCHEZ VALDEPEÑAS (1846-1937).

Juan Gregorio Álvarez Calderón

*A la memoria de mi abuela materna,
Carmen Rodríguez de Guzmán Muñoz de Morales*

Los hijos de Daimiel que se han dedicado al pensamiento y a las ideas, hayan sido las que hayan sido sus opciones filosóficas e ideológicas, pertenecen a la historia de Daimiel. No sólo debemos recordar a nuestros literatos y artistas o hacer sólo la historia de los hechos políticos, sociales y etnográficos de nuestra ciudad, sino que también debemos prestar atención a nuestros paisanos que, siendo, como no podía ser menos, hijos de su tiempo y de su circunstancia, han participado en la vida espiritual de las ideas. Por eso he decidido presentarles en este trabajo la figura de un daimieleño ilustre, el sacerdote Manuel Muñoz de Morales y Sánchez Valdepeñas, autor de una obra apologética de la fe católica. Manuel Muñoz de Morales es, pues, parte importantísima de la historia de Daimiel y sería una muestra de filisteísmo, es decir, de incultura y vulgaridad, rechazar el estudio de su obra apologética aduciendo que se trata de una "cosa de curas" que ya no interesa o bien aduciendo que no se trata de un tema costumbrista, localista, literario o folklórico y que tampoco interesa un tema que nos lleve al incómodo mundo de la filosofía y de la "funesta manía de pensar". El estudio de su obra viene, por tanto, muy "a cuento" en unas jornadas sobre la historia de Daimiel.

1. Vida y obra.

Manuel Muñoz de Morales y Sánchez Valdepeñas nació en Daimiel el 3 de enero de 1846, en el seno de una familia dedicada al trabajo de herrería. Se ordenó como presbítero el 16 de abril de 1870. Alcanzó la dignidad de Maes-

trescuela de la Santa Iglesia Primada y ocupó los siguientes cargos eclesiásticos: coadjutor de Daimiel, 1872; ecónomo de Elche de la Sierra, 1875; idem de El Bonillo, 1877; párroco de Yebra, 1886; ecónomo de Villacañas, 1892; párroco de San Juan Bautista de Toledo, 1893; profesor del Seminario de dicha ciudad (a cuyo Colegio de Doctores de la Facultad de Sagrada Teología perteneció, ocupando la cátedra de Teología Pastoral), 1893; juez de grados, 1896; examinador sinodial, 1900; ecónomo de Santiago de Toledo, 1901; idem de San Martín, también de Toledo, 1903; juez prosinodial, 1905; párroco de San Martín, 1907. Murió en Daimiel en 1937, por causas naturales¹.

La familia Muñoz de Morales aparece ya en el Libro de Cabezas de Casa de Legos correspondiente al artículo "Daimiel" del catastro de Ensenada (año 1752), donde se nos informa que era vecino del pueblo Juan Muñoz de Morales, de oficio, herrero, y cuyo hijo Juan, entonces de catorce años y ordenado de menores, se ocupaba en sus estudios para el orden sacro. La constante y secular tradición católica de la familia de don Manuel Muñoz de Morales se mantuvo durante largo tiempo, antes y después de los años de vida de nuestro autor. Un sobrino carnal suyo, también clérigo, Benito Muñoz de Morales Rodríguez-Madrirdejos, fue canciller secretario del cardenal Segura en Toledo, antes de la Guerra Civil, y en Sevilla, después de la misma.

Aparece don Manuel como uno de los hijos ilustres de Daimiel en el "Diccionario Histórico, Geográfico, Biográfico y Bibliográfico de la provincia de Ciudad Real", obra de Inocente Hervás y Buendía del año 1914.² En el ensayo de un Catálogo de Daimieleños ilustres incluido por Santos García-Velasco en su "Historia de Daimiel"³ aparece también una breve nota biográfica de nuestro autor, en la que se nos informa que llegó a ser también párroco de Santo Tomé de Toledo, dato que no aparece en el Anuario Eclesiástico de Toledo del año 1933, por lo que es de suponer que tal cargo fue posterior a dicho año. Tanto Hervás como García-Velasco nos informan que de nuestro teólogo daimieleño fueron publicadas las siguientes dos obras:

"Comprobaciones científicas de las primeras verdades de la Biblia", Toledo, 1896, 4º, 301 pgs.

"Incapacidad absoluta de la Antropología científica para resolver los problemas de las naturaleza, del origen y del último fin del hombre", Discurso en el Seminario de Toledo, en la inauguración del Curso de 1899 a 1900, Toledo, 1899, 4º, 40 pgs.

Pero con posterioridad la fecha de redacción del diccionario de Hervás fueron publicadas otras dos obras de don Manuel:

¹ Anuario diocesano de Toledo 1933, Toledo, 1933, Editorial Católica Toledana, pg. 141.

² HERVÁS Y BUENDÍA, Inocente: *Diccionario histórico, geográfico, biográfico y bibliográfico de la provincia de Ciudad Real*, Ciudad Real, 1914, Imprenta de Ramón Clemente Rubisco, pg. 450.

³ GARCÍA VELASCO, Santos: *Historia de Daimiel*, Madrid, 1987, s. e. pg. 261.

“La sujeción del espíritu a toda autoridad, especialmente a la Divina, fue la base primordial de la belleza literaria de nuestros clásicos”, Memoria, 1915.

“Santo Tomás de Aquino y la Filosofía”, discurso leído en el Triduo académico con que el Seminario Pontificio de Toledo celebró el IV Centenario de la canonización del ángel y Patrono universal de las Escuelas Católicas, 1924.

2. El ataque al positivismo materialista en el opúsculo “Incapacidad absoluta de la Antropología científica para resolver los problemas de la naturaleza, el origen y el fin último del hombre”.

Don Manuel Muñoz de Morales publicó en 1899, en la ciudad de Toledo, un opúsculo titulado “Incapacidad absoluta de la Antropología científica para resolver los problemas de la naturaleza, del origen y del fin último del hombre”. Esta pequeña obra de cuarenta páginas es la versión impresa de un discurso pronunciado en el Seminario de Toledo con motivo de la inauguración del curso 1899-1900 y en ella el objeto de la polémica apologética de don Manuel es la antropología llamada científica por los positivistas materialistas, que, afirmando que sólo es verdadero “lo que se ve, lo que se toca, lo que se goza, y como tal puede ser observado y experimentado”, nos dice don Manuel, pretende “conocer y estudiar al hombre tanto en su ser físico como en el intelectual y moral” y resolver con ello “los grandes problemas de la naturaleza, del origen y del fin último del hombre”, “declarándole terminantemente un puro animal y un ser todo material”.

Don Manuel nos dice que se dispone a demostrar “a priori”, es decir, con independencia de toda consideración empírica, basada en hechos contingentes, “lo irracional, quimérico y completamente falso de la mencionada doctrina”, concluyendo con ello la incapacidad de la sedicente ciencia antropológica positivista para “resolver los problemas de la naturaleza, del origen y del fin último del hombre”⁴.

Frente a este positivismo materialista, don Manuel afirma que es cierto, no ya por la fe, sino por la propia luz natural de la razón, la existencia de un principio espiritual en el hombre, el alma, al que, aunque no esté dado de manera sensible, es preciso recurrir para explicar la existencia de una actividad no animal sino intelectual y moral en el ser humano. Las ciencias positivas que estudian a éste, como la Anatomía y la Fisiología antropológicas, tiene en la parte material del hombre su esfera natural y legítima de conocimiento, pero no pueden sacar conclusiones sobre el ser último del hombre, sobre su esencia, sobre su origen y fin último. Esto debe ser estudiado por la Metafísica, en concreto por su rama llamada tradicionalmente Psicología Racional, aunque don Manuel no hace uso explícito de este nombre en su escrito, tal vez por tener

⁴ *Incapacidad absoluta de la Antropología científica para resolver los problemas de la naturaleza, del origen y del último fin del hombre*, Toledo, 1899, Imprenta de la viuda e hijos de J. Rodríguez, pg. 6.

connotaciones relativas a la Metafísica moderna postcartesiana más que a la Metafísica de Sto. Tomás de Aquino, cuya posición sobre este asunto es la que don Manuel está aquí siguiendo fielmente.

Para Manuel Muñoz de Morales, que mantiene en esto, como he dicho, una estricta ortodoxia tomista, no es sólo que la verdadera ciencia sea compatible con la fe, sino que además junto o por encima de la racionalidad científica empírico-experimental existe una racionalidad también natural, desarrollada en la Metafísica y la Teología natural, que permite *conocer*, no sólo creer, que el hombre es un compuesto de materia y espíritu, y que en tanto espíritu el hombre tiene que ser estudiado según principios y métodos específicos de las dos disciplinas filosóficas mencionadas, distintos de los de las ciencias naturales pero tan legítimos como ellos y al igual que ellos fuentes de certidumbre. Dice así don Manuel: “Por poco que se estudie al hombre, descúbrese con toda claridad que es un ser mixto, en el cual aparecen unidas dos cualidades muy diferentes, a saber, la animalidad y la racionalidad, que suponen en él dos entidades de naturaleza igualmente diversa, una espiritual y otra material (...) Esta dualidad es reconocida por todos los filósofos y confesada por todos los naturalistas, que no se empeñan en cerrar los ojos a la luz de la evidencia”⁵. Junto a la fuente de certidumbre que es la ciencia natural, existen otras dos fuentes de certidumbre, las representadas por la Metafísica y por la Teología natural. La parte material del hombre es legítimamente estudiada por las ciencias naturales, pero también existe una parte espiritual del hombre, de existencia naturalmente evidente, como se ha visto en la cita anterior, que debe ser estudiada racionalmente por las ciencias filosóficas primeras o fundamentales, Metafísica y Teología natural. Como es sabido, para el tomismo, al que nuestro autor sigue siempre fielmente, existen verdades de la religión que son exclusivas de la fe, a las que sólo se puede acceder por fe, por ejemplo que Dios es Uno y Trino o que Dios se encarnó; pero también existen verdades primeras de la religión, de carácter filosófico –y a las que Sto. Tomás llama “preambula fidei” (preámbulos de la fe)- a las que se puede llegar por la razón, no por la razón científico-natural, pero sí por la razón filosófica de la Metafísica y la Teología natural: por ejemplo, la existencia de Dios, que se puede conocer racionalmente a través de la argumentación de las cinco vías que el Aquinate ofrece en su “Suma Teológica”⁶; o el caso de la existencia del alma, que se conoce por la argumentación que Muñoz de Morales nos ha ofrecido sucintamente en la cita anterior: si en el hombre hay racionalidad además de animalidad, tiene que haber un principio real en él distinto del de la animalidad que sea el

⁵ *Ibidem*, pg. 20.

⁶ Como es sabido, Sto. Tomás en sus cinco vías para la demostración de la existencia de Dios sigue un modo de razonar basado en Aristóteles y su idea de causalidad muy apartado de lo que es el paradigma de la racionalidad científico-natural moderna. Pero para un intento de conciliar la imagen de la naturaleza propia de la ciencia moderna con la cosmología tomista véase ARTIGAS, Mariano, *Filosofía de la Naturaleza*, EUNSA, Pamplona, 2003 (quinta edición).

responsable de esa racionalidad que en ningún caso se puede reducir a animalidad; ese principio tiene que ser un principio espiritual responsable del ser propiamente espiritual de la capacidad intelectual y moral del hombre.

Como se ve, no es, desde luego, don Manuel un fideísta, es decir, alguien que crea que todos los contenidos de su religión positiva, la católica en este caso, vienen sólo y exclusivamente del asentimiento de la fe, sino que don Manuel, siguiendo la filosofía que recuerdo ha sido considerada siempre la filosofía oficial de la Iglesia católica y que ha sido vuelta a exaltar no hace mucho por Juan Pablo II en su encíclica "Fides et ratio", piensa que existen contenidos básicos de la fe, no sus misterios, que son accesibles a la luz natural de la razón. A este respecto, y en relación con lo que atañe a la existencia de Dios, el actual Catecismo oficial de la Iglesia católica es claro y tajante. Según reza en su punto nº 36, "La santa Iglesia, nuestra madre, mantiene y enseña que Dios, principio y fin de todas las cosas, puede ser conocido con certeza mediante la luz natural de la razón humana a partir de las cosas creadas." Ahora bien, téngase en cuenta lo siguiente: en la estela también de la doctrina de Sto. Tomás, nos recuerda el catecismo de la Iglesia católica que "en las condiciones históricas en que se encuentra, el hombre experimenta muchas dificultades para conocer a Dios con la sola luz de la razón. Por esto el hombre necesita ser iluminado por la revelación de Dios no solamente acerca de lo que supera su entendimiento, sino también sobre las verdades religiosas y morales que de suyo no son inaccesibles a la razón, a fin de que puedan ser, en el estado actual del género humano conocidas de todos sin dificultad, con certeza firme y sin mezcla de error"⁷.

La objeción que se le pondría a Muñoz de Morales desde la modernidad filosófica y desde la actual filosofía académica es que toda su posición filosófico-teológica es prekantiana, es decir, ignora por completo la crítica del conocimiento que su tocayo Manuel Kant había desarrollado más de un siglo antes de la publicación de su escrito, crítica según la cual y como es sabido, el entendimiento para poder conocer necesita aplicar sus categorías al material proporcionado por la experiencia sensible. Pero don Manuel Muñoz de Morales, como buen sacerdote católico tradicional y no modernista, permanece fiel a Sto. Tomás y su idea de la posibilidad de un conocimiento racional de realidades suprasensibles como la existencia de Dios y del alma.

En su opúsculo, Manuel Muñoz de Morales cita o menciona a los principales autores defensores del positivismo materialista en contra el que él despliega los recursos apologéticos de su pluma. Así, nos encontramos referencias a Herbert Spencer, Haeckel, De Bois-Reymond, Huxley, Vogt, Büchner, etc. También aparecen citados en la obra los autores impíos Voltaire, Feuerbach, Renan y David Friedrich Strauss, con la intención por parte del autor, claro está, de proceder a su refutación o al menos a su denostación.

⁷ Catecismo de la Iglesia católica, Asociación de editores del catecismo, Madrid, 1992.

Pero es de notar la ausencia en el texto de referencias a los representantes del materialismo histórico y dialéctico, que en la fecha de la publicación el opúsculo (1899) ya se había convertido en la filosofía dominante dentro del principal sector del movimiento obrero. Pero recordemos que la recepción teórica del marxismo en España fue bastante tardía. El objetivo del discurso de don Manuel queda así reducido a la refutación de los materialistas llamados “mecanicistas” por los marxistas, materialistas que son alineados junto a los representantes del evolucionismo.

Nuestro autor sitúa, al comienzo de la obra, la emergencia del positivismo materialista en España en el momento del reflujo del krausismo⁸ la principal filosofía laica disidente del catolicismo en la segunda mitad del siglo XIX español. Don Manuel tilda de enrevesado al krausismo (no faltándole razón en esto), pero reconoce que esta filosofía (que recordemos era una filosofía idealista importada de Alemania por Sanz del Río, quien en el país germano conoció la doctrina de Krause) conservaba todavía “cierto sentido ético, cierto fondo de ideas espirituales y morales”, hijo, según don Manuel, del cristianismo y de las tradiciones socráticas.

También hay una alusión al comienzo del opúsculo a que en el momento de su lectura como discurso en la inauguración del curso 1899-1900 en el Seminario de Toledo ya había pasado en España la fiebre de la influencia de autores como Kant, Hegel o el ecléctico francés Victor Cousin, autores a los que don Manuel tacha, tal vez con poca precisión (sobre todo por lo que se refiere a Kant), de “panteístas”, nota infamante y condenatoria que, no obstante, era frecuentemente empleada por los apologistas católicos contra los autores idealistas.

En el apartado quinto y penúltimo de la obra que estamos comentando, don Manuel no habla de lo que gráficamente llama “el argumento Aquiles de la Antropología científica, el sistema de la evolución materialista”⁹. Hay que reconocer que en este apartado don Manuel olvida por completo que Darwin ya había dado una explicación del proceso de la evolución con su teoría de la selección natural de las variaciones genéticas adaptativas, e insiste don Manuel en que la hipótesis transformista, como se decía en la época, es inadmisibles porque no se puede dar –ni se podrá nunca dar, nos dice- la prueba de la “transformación real de un individuo, o una especie vegetal o animal, en otro individuo o en otra especie diversas”. Recordemos aquí que el darwinismo es incompatible con la fe no porque afirme la evolución, que puede armonizarse con la fe si se da a la evolución un sentido finalístico o se la considera planificada por una inteligencia espiritual, como en el sistema de Teilhard de Chardin, sino que el darwinismo es incompatible con la fe porque afirma que la evolu-

⁸ No obstante lo que dice aquí don Manuel, es conocido que en España se dio una cierta confluencia entre el krausismo y el positivismo que dio lugar al llamado krausismo-positivismo. Véase JIMÉNEZ GARCÍA, Antonio: *El krausismo y la Institución Libre de Enseñanza*, Madrid, 1987, Cincel, pgs. 112-130.

⁹ *Incapacidad absoluta de la antropología científica...*, pg.30.

ción se produce por un mecanismo puramente natural, el de la selección de los individuos genéticamente mejor dotados para la adaptación al medio, mecanismo que vuelve innecesaria cualquier apelación a una planificación finalística inteligente del proceso de la evolución. Darwin es incompatible con la fe no por evolucionista sino porque da una explicación de evolución meramente naturalista y materialista.

Recordemos para finalizar este apartado dedicado al opúsculo que don Manuel publicó en 1899, que en los últimos años del siglo XIX y primeros XX comienza en el pensamiento burgués laico una reacción antipositivista de carácter irracionalista en casi todas sus manifestaciones (la excepción sería la fenomenología de Husserl) que da lugar a un colorido panorama de tendencias subjetivistas, intuicionistas, vitalistas, neorrománticas, pragmatistas, historicistas, etc. Desde luego, la crítica de don Manuel al positivismo no se inserta en este panorama, sino que es una crítica hecha por un clérigo que se sitúa en las posiciones premodernas y pre-burguesas que eran las propias de lo que desde las pautas del autodenominado progresismo se llamaría la ortodoxia católica integrista.

3. Vindicación de la filosofía tomista y recusación de toda la filosofía de la modernidad en “Sto. Tomás y la filosofía”.

En el opúsculo titulado “Sto. Tomás de Aquino y la Filosofía”, don Manuel es tajante al plantear la cuestión: no hay muchas filosofías, cada una con un objeto distinto, sino una sola Filosofía verdadera, la tomista, y muchos sistemas filosóficos falsos, entre los cuales se cuentan todos aquellos que se suceden tras el comienzo de la modernidad filosófica en Descartes. A partir de aquí don Manuel realiza un juicio sumarísimo de casi todos los sistemas que vienen tras Descartes y hasta Schopenhauer, con el veredicto de que se trata de filosofías que al no poner el principio real del mundo en un Ser trascendente y personal están objetivamente aliadas con el positivismo y el monismo materialista, siempre a través del panteísmo que subyacería a todas ellas, panteísmo que parece ser la bestia negra antiteísta de don Manuel. Como buen tomista a machamartillo, don Manuel piensa que el origen de todas las impiedades y herejías filosóficas modernas hay que situarlo en el mismo Descartes. Según Muñoz de Morales, el extremo dualismo cartesiano, que rompe la unidad sustancial cuerpo-alma defendida por la tradición aristotélico-tomista, provoca que vayan apareciendo en la historia de la filosofía, de una manera implacable y hecha necesaria por su punto de partida, una sucesión fatídica no sólo de “sensualismos cada vez más materialistas”, sino también, de manera inversa y complementaria de, “espiritualismos cada vez más idealistas”¹⁰, también contrarios a la religión por poner la instancia trascendental fundante y última en la subjetividad y no en Dios. A la vez, el escepticismo idealista y crítico,

¹⁰ *Santo Tomás y la Filosofía*, Toledo, 1924, imprenta de A. Medina, pg. 17.

con orígenes también en Descartes, concretamente en su duda metódica, lleva a una Filosofía sin religión, que se complementa con las reacciones del tradicionalismo –entendido en su sentido técnico-filosófico-, que, nos sigue diciendo don Manuel, “levanta su cabeza en el vestíbulo de una religión sin Filosofía”, solución esta última que es también descartada por don Manuel desde la postura que él llama de auténtica armonía de razón y fe, propia de la filosofía tomista, que es contrapuesta al falso “armonismo” krausista que “identifica a Dios con las criaturas” (panteísmo) y en el plano práctico “al hombre individual con el hombre social”¹¹.

La Escolástica tomista fue la culminación de la armonía en Filosofía, según Muñoz de Morales, porque ella fue el desarrollo de una “ciencia racional y creyente, evidente y revelada a la vez”. De esta manera quedaron ensambladas armoniosamente en el tomismo tres esferas a la vez lógicas y ontológicas: la esfera de la observación y la experiencia, que nos permite conocer el mundo físico; la esfera de la razón, que nos permite conocer el mundo ideal y el mundo moral y, por último, la esfera de la Revelación, que nos conduce a lo Sobrenatural, donde se manifiestan, concluye don Manuel, “la Gracia, el Misterio y el Milagro”¹².

Nos recuerda don Manuel que la filosofía tomista no sólo demuestra con la luz natural de la razón la existencia de Dios, sino que establece, y aquí quizá esté el punto clave para la aceptación de la fe, la posibilidad y la realidad de la Revelación transmisora al hombre de los misterios de Dios y su relación con el mundo, aunque no pueda darnos sus contenidos positivos.

Junto al repaso sumaráisimo y arrasador que hace de la historia de la Filosofía desde Descartes, don Manuel pinta un cuadro de historia de las ideas según el cual, tras difíciles tiempos intelectuales para la religión católica durante el siglo XIX, había empezado ya un resurgir de la auténtica verdad católica en el momento de pronunciar su discurso en 1924, luego impreso y publicado el mismo año. Este anuncio de un renacer católico, que puede resultar chocante, tiene sus razones históricas. Hacia finales del XIX y primeros años del XX se había producido un renacer de los estudios tomistas en el interior de la Iglesia católica y, sobre todo, había quedado derrotada, también en el mismo seno de la Iglesia católica, la rebelión modernista, que de haber triunfado habría supuesto una renovación mayor que la acontecida posteriormente con el Concilio Vaticano II, pues el modernismo no se quedaba sólo en aspectos pastorales, litúrgicos o sociales o pretendía sólo un mayor “diálogo” con el mundo o una mayor apertura ecuménica, sino que abogaba directamente por una adaptación de la interpretación doctrinal y de los propios dogmas, y del propio sentido interior de la fe, a los desarrollos de la filosofía moderna, principalmente

¹¹ *Ibidem*, pg.15.

¹² *Ibidem*, pg. 16.

al idealismo, al evolucionismo y al historicismo, y también, en lo que respecta a las ciencias humanas, a la crítica racional de las Escrituras, no quedándose en una postura exegética ambigua. Don Manuel llama, en el texto que estamos comentando, y desde su postura de defensa cerrada de la doctrina católica íntegra, impió al modernismo religioso¹³.

Algunas personas de gustos refinados y tendencia política conservadora tienden hoy a idealizar el siglo XIX como un siglo con una cultura estética superior a la nuestra y rodeado todo él por cierto halo romántico. Pero no olvidemos que el siglo XIX fue el siglo del materialismo, el positivismo y el progresismo científicas y del liberalismo con inclinaciones laicistas. Don Manuel, yendo a lo que le interesa, recuerda que en su juventud de seminarista (recordemos que nació en 1846 y fue ordenado sacerdote en 1872) y en los primeros decenios de su sacerdocio la religión católica sufrió los embates de fuertes ataques teóricos por parte de todo tipo de doctrinas filosóficas impías y antiteístas.

Todo lo que bajo el punto de vista de don Manuel son los males y desastres político-sociales de la modernidad procede, a su juicio, de las desviaciones filosóficas habidas a partir de Descartes; procede, ni más ni menos, que del ocaso en la modernidad de la verdad filosófica católica, enunciada y explicada por Sto. Tomás de Aquino en el siglo XIII. Esta lista de males y desgracias modernas incluye, según don Manuel y entre otros fenómenos que él pinta con los más negros colores, al materialismo literario, el realismo artístico, el masonismo satánico, el socialismo político, el comunismo económico y el anarquismo social, doctrinas y tendencias todas ellas promotoras, según don Manuel, “del antipatriotismo, del culto al sacrilegio y a la violación, del amor libre, del ateísmo salvaje y de la anarquía”¹⁴. En lo que respecta al antipatriotismo, se ha llamado la atención en repetidas ocasiones sobre la estrecha vinculación, compleja y de raíces históricas profundas, entre religiosidad católica ortodoxa y patriotismo existente en España por lo menos desde la época imperial del Siglo de Oro. Así nos dice Américo Castro en su obra “España en su historia”: “La historia hispana es, en lo esencial, la historia de una creencia y de una sensibilidad religiosas y, a la vez, de la grandeza, de la miseria y de la locura provocadas por ellas”¹⁵.

¹³ Sobre el modernismo religioso, que se apartaba enteramente del tomismo y que fue condenado tajantemente por el Papa Pío X en su encíclica *Pascendi* del año 1907, véase POULAT, Emile, *La Crisis modernista (Historia, dogma, crítica)* Madrid, 1974, Taurus; BOTTI, Alfonso: *La Crisis modernista y España*, Cuenca, 2012, Universidad de Castilla-La Mancha.

¹⁴ *Santo Tomás y la Filosofía*, pg. 7.

¹⁵ Citado en Alfonso Botti, *España y la crisis modernista*, pg. 24. Para una visión positiva de esta vinculación entre fe y patriotismo ofrecida por autores católicos apologistas véase MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino: *Historia de los heterodoxos españoles*, BAC, 1986 y GARCÍA MORENTE, Manuel: *Idea de la Hispanidad*, Espasa Calpe, Madrid, 1961, (obra posterior a la conversión del autor que le llevó hasta el sacerdocio).

4. El intento de una apología científica en el libro “Comprobaciones científicas de las primeras verdades de la Biblia”.

Este libro, publicado en 1896 y dedicado a la Virgen de las Cruces, patrona de Daimiel, constituye un intento de demostrar que los resultados de las ciencias naturales de la época de don Manuel no contradecían sino que más bien avalaban la cosmología que se deriva de los contenidos positivos de la fe católica. El autor trata de aducir pruebas, que pretenden ser científicas, de las tesis creacionistas, tanto en relación con el Universo, como con el origen de la vida, como el origen del hombre.

Este libro hay que situarlo en el contexto de las enormes discusiones y el enorme revuelo que en medios eclesiásticos provocó la publicación en España en 1876 del libro anticatólico del americano John W. Draper “Historia de los conflictos entre la religión y la ciencia”¹⁶, libro que don Manuel cita expresamente y que despacha como falto de rigor y de prestigio.

Puede detectarse cierta contradicción en don Manuel en la medida en que deja bien sentado al comienzo del libro que la demostración de la existencia de Dios y de su obra creadora no corresponde a las ciencias naturales sino a la Metafísica y si embargo acude a las primeras para argumentar a favor de esa existencia y de esa obra creadora. Pero también es verdad que el tomismo (que recordemos es siempre la base filosófica y teológica de don Manuel) afirma que en ningún caso se puede dar contradicción entre cualquier tipo de verdades a las que se llegue por la razón y la verdad revelada, pues en otro caso nos encontraríamos con un Dios engañador a través de su disposición de una doble verdad para el hombre, y esa no contradicción es la que trata de argumentar don Manuel en su incursión por las ciencias naturales.

Entrar en la exposición y discusión pormenorizada de los argumentos científicos de esta obra exigiría un espacio igual o superior al que debe ocupar este trabajo, por lo que lo dejamos para otro posible y próximo estudio.

Nos limitaremos aquí a enunciar, a título de ejemplo, alguno de los argumentos de don Manuel a favor del creacionismo. Así, para invalidar la tesis de la eternidad del Universo recurre a la idea sostenida por Aristóteles de que no es posible la existencia de un infinito numérico, cuantitativo, actual, que sí tendría que darse en el caso de que el Universo se extendiera a un tiempo infinito en dirección al pasado.

Don Manuel recurre también en esta obra al argumento teleológico a favor del creacionismo, es decir, al argumento que afirma que la Naturaleza posee tal grado de organización finalística, es decir, dispuesta a la consecución de los

¹⁶ Véase DRAPER, Juan Guillermo, *Historia de los conflictos entre la religión y la ciencia*, Madrid, Establecimiento tipográfico de Ricardo Fé, 1885 (segunda edición). Prólogo de Nicolás Salmerón. (Se trata de una edición facsímil editada por las librerías “París-Valencia”).

fines propios de los seres que forman parte de ella, que es imposible que no haya sido pensada y creada por un Ser espiritual inteligente. Si hubiera vivido hoy, don Manuel habría sido un entusiasta defensor de la llamada teoría del diseño inteligente, que tanto irrita a los darwinistas más conspicuos.

5. La concepción estético-literaria de Muñoz de Morales en el opúsculo “La sujeción del espíritu a toda autoridad, especialmente a la Divina, fue la base primordial de la belleza literaria de nuestros clásicos”.

La obra que comentamos en esta sección, de 1915 y que contiene las ideas estético-literarias de nuestro autor, está dedicada por don Manuel a la Santísima Madre Virgen María en su advocación “de las Cruces” y también a “la mística y esclarecida Doctora Santa Teresa de Jesús”.

Esta obra comienza con una recusación de la modernidad política, cultural e ideológica que es todavía más “apocalíptica” que las incluidas en las otras obras de don Manuel. Aquí llega incluso a hacer expreso uso de un término hoy muy de moda en la filosofía académica: hace uso nada menos que del término “nihilismo”. Con él se hace comúnmente referencia, según el diagnóstico hecho corriente por Nietzsche, al proceso moderno por el cual los máximos valores tenidos por tales en la historia de Occidente pierden su vigencia y entran en un proceso de disolución. Pues para don Manuel éste es el resultado de la modernidad anticristiana, llamada por él genéricamente “modernismo” y llamada hoy por otros eufemísticamente “proceso de secularización”: la negación, culturalmente realizada, de todo valor y de toda verdad superiores. Como resultado de este nihilismo, al que nuestro autor adjetiva de doctrinal (otros hablan hoy no ya de nihilismo doctrinal sino de nihilismo consumado en la realidad práctica), nos dice él que “se está minando la sociedad y precipitando a la civilización en la decadencia y la muerte”¹⁷.

Pero el tema principal de este opúsculo es la determinación de la idea de belleza y su aplicación al discernimiento del valor literario.

Para definir la belleza, don Manuel se pone eminentemente clasicista y, después de haberla deslindado oportunamente de lo agradable y también de lo útil –con lo que la identifica lo que don Manuel llama el “industrialismo”–, pasa a identificarla con el “esplendor del Orden”, siguiendo una idea agustiniana. Pero a continuación matiza y nos dice, poniendo una nota de organicismo en su concepción, que no se trata del orden “abstracto, vacío y muerto”, sino del orden “concreto, real, vivo, animado, armónico, fecundo y radiante”¹⁸. Seguidamente viene el núcleo de la argumentación de don Manuel: todo orden se deriva de que una ley como su efecto natural, y como tal ley supone necesi-

¹⁷ *La sujeción del espíritu a toda autoridad, especialmente a la divina, fue la base primordial de la belleza literaria de nuestros clásicos*, Toledo, 1915, Rodríguez y Hermano impresores, pg.6.

¹⁸ *La sujeción a toda autoridad...*, pg. 9.

riamente una autoridad de la que emana, no puede haber belleza, efecto siempre de una ley que produce orden, sin sujeción a la autoridad e la que proviene la ley. Además, nos dice don Manuel, toda obra literaria tiene que tener un fin, que en su sentido inmediato y próximo es la elevación y perfeccionamiento de la humanidad y en su sentido absoluto y supremo la glorificación de Dios, pues el reflejo del esplendor del orden que es la belleza sólo puede darse si la inteligencia del creador literario se eleva por la jerarquía de las bellezas creadas, desde lo material a lo espiritual, de lo visible a lo invisible, de la Naturaleza a Dios. Para introducir esta idea, don Manuel rechaza explícitamente la idea de la creación estética contenida en el famoso lema de los creadores “avanzados” del siglo XIX: “El Arte por el Arte”.

En el resto de la obra, don Manuel hace una aplicación de su concepción estética a una serie de ejemplos sacados de los clásicos literarios españoles, lo que nos lo muestra como un buen conocedor de esa herencia literaria.

6. El sentido general del método apologético de Manuel Muñoz de Morales.

El método apologético de Manuel Muñoz de Morales es el tradicional escolástico y tomista basado en dos vías *externas* hacia la fe: la de la Naturaleza, y la de la Sagrada Escritura. Por el conocimiento racional de las cosas creadas de la Naturaleza podemos llegar al conocimiento de la existencia de Dios y por los testimonios depositados en la Biblia llegamos a la fe que nos permite entrar en el orden sobrenatural sostenido por Dios. No recurre don Manuel en ningún momento al método de la inmanencia vital: el que consiste en apoyar la fe en las necesidades y aspiraciones de la subjetividad humana, de las que se tomaría conciencia por la vivencia radical de la interioridad, que llevaría a descubrir, incluso como residente en el *subconsciente*, la tendencia a Dios como término necesario de todo el dinamismo profundo del ser humano, tendencia no meramente psicológica y contingente por tanto, sino arraigada necesariamente en el propio ser del hombre y de su acción.

Este método de la inmanencia puede reivindicar estar influido por S. Agustín y su camino hacia Dios a través del corazón y la interioridad, está también influido por el protestante Schleiermacher que ponía el fundamento de la religión en el sentimiento y adquirió nuevos bríos filosóficos con el filósofo católico francés Maurice Blondel (1861-1949) y su obra *La Acción*¹⁹. Fue además el método que los modernistas opusieron al método *externo* de los escolásticos, por lo que recibió una severa crítica del Papa Pío X en su encíclica antimodernista “Pascendi” de 1907. A pesar de toda la complicación filosófica que el método de la inmanencia vital alcanza en *La Acción* de Blondel, donde la necesidad subjetiva que lleva al orden sobrenatural y a Dios no puede quedar re-

¹⁹ BLONDEL, Maurice, “*La Acción*”, BAC, Madrid, 1986.

ducida a algo puramente psicológico, este método, a efectos prácticos, no puede hacer otra cosa que basar la creencia en el sentimiento. Y he aquí las duras palabras de San Pío X sobre este basar la creencia en el sentimiento: "...porque la otra verdad subjetiva, fruto del sentimiento y de la acción interna, si se presta ciertamente al juego, para nada le sirve al hombre en orden a saber si hay fuera del él mismo o no un Dios en cuyas manos caerá un día (...) Pero la mayoría absoluta de los hombres mantiene y mantendrá siempre que por sólo el sentimiento y la experiencia, sin guía ni luz alguna de la inteligencia, no se puede llegar a la noticia de Dios. Queda por tanto de nuevo el ateísmo y ninguna religión"²⁰.

Aunque hay que dejar claro que los defensores del método de la inmanencia vital insistirán en que no es lo mismo basar la creencia en el sentimiento que en el deseo de plenitud que experimenta la persona, según la dinámica intrínseca del querer humano, y que lleva al descubrimiento de la dimensión trascendente desde la propia inmanencia vital de ese deseo como deseo más esencial y profundo del ser humano.

El recurso moderno al método subjetivista y vital se ha visto indudablemente motivado por el agnosticismo teórico kantiano, que había proclamado que sólo conocemos el fenómeno de las cosas, es decir las cosas tal y como se dan a nosotros, no las cosas en-sí, y que por lo tanto a través de este conocimiento fenoménico no podemos llegar a la captación de ningún tipo de ser último y absoluto (nómeno). Pero como hemos dicho, don Manuel Muñoz de Morales permanece pre-kantiano y piensa que sí podemos conocer el en-sí de las cosas y que ese conocimiento nos lleva a la verdad absoluta, la Primera Causa de todo, Dios.

En cualquier caso, el método de defensa de la fe seguido por don Manuel e inspirado fielmente en Sto. Tomás ha sido acusado en algunas ocasiones de "intelectualismo", por estar basado, en lo que respecta a la dirección apologética que va por la razón natural desde lo creado hasta Dios, en ideas metafísicas no procedentes de la cuna del cristianismo sino de Grecia (recordemos que Sto. Tomás es un autor aristotélico), ideas que distorsionarían la verdad viva y eminentemente práctica del Evangelio.

²⁰ DENZINGER, Enrique, *El Magisterio de la Iglesia*, Herder, Barcelona, 1955, nº 2106-2107, pgs. 506 -507

Bibliografía.

a) Obras de Manuel Muñoz de Morales

Comprobaciones científicas de las primeras verdades de la Biblia, Toledo, 1896, Imprenta del Asilo a cargo de la viuda e hijos de J. Rodríguez, 301 pgs.

Incapacidad absoluta de la Antropología científica para resolver los problemas de la naturaleza, del origen y del último fin del hombre, Toledo, 1899, Imprenta de la viuda e hijos de J. Rodríguez, 40 pgs.

La sujeción del espíritu a toda autoridad, especialmente a la divina, fue la base primordial de la belleza literaria de nuestros clásicos, Toledo, 1915, Rodríguez y Hermano impresores, 31 pgs. Memoria sobre el Tema XII, propuesto por el Seminario-Universidad Pontificia de Toledo, para el Certamen literario y científico celebrado en dicha ciudad, con motivo del Tercer Centenario de D. Francisco de Rojas Zorrilla, y que obtuvo el premio del mencionado Centro docente. *Santo Tomás de Aquino y la filosofía*, Toledo, 1924, Imprenta de A. Medina, 23 pgs.

El más Santo de los sabios y el más sabio de los Santos, Toledo, s. f., Viuda e hijos de J. Rodríguez

Efusiones piadosas y otras poesías varias, Toledo, 1932, Editorial Católica Toledana, 80 pgs. (El autor aparece con las iniciales M.M. de M).

b) Obras donde aparecen datos sobre Manuel Muñoz de Morales

GARCÍA VELASCO Y MARTÍN DE ALMAGRO, Santos: *Historia de Daimiel*, Madrid, 1987, s.e.

HERVÁS Y BUENDÍA, Inocente: *Diccionario histórico, geográfico, biográfico y bibliográfico de la provincia de Ciudad Real*, tomo I, Ciudad Real, 1914, Imprenta de Ramón Clemente Rubisco.

Anuario diocesano de Toledo 1933, Toledo, Editorial Católica Toledana, 1933.